

POLÍTICA
AGONÍSTICA EN UN
MUNDO MULTIPOLAR

*AGONISTIC POLITICS
IN A MULTIPOLAR
WORLD*

Chantal Mouffe



documentos



Serie: Dinámicas interculturales

Número 15. Política agonística en un mundo multipolar

Agonistic politics in a multipolar world

© Chantal Mouffe

© Fundació CIDOB, de esta edición

Traducción al castellano: Josep Sarret

Edición del texto: Elisabet Mañé

Barcelona, abril de 2010

Edita: CIDOB edicions

Elisabets, 12

08001 Barcelona

Tel. 93 302 64 95

Fax. 93 302 21 18

E-mail: publicaciones@cidob.org

URL: <http://www.cidob.org>

Depósito legal: B-35.860-2004

ISSN: 1698-2568

Imprime: Color Marfil, S.L.

Distribuye: Edicions Bellaterra, S.L.

Navas de Tolosa, 289 bis, 08026 Barcelona

www.ed-bellaterra.com

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra»

**POLÍTICA AGONÍSTICA EN UN MUNDO
MULTIPOLAR
PÁG. 5**

***AGONISTIC POLITICS
IN A MULTIPOLAR WORLD***
PÁG. 21

Chantal Mouffe*

Abril de 2010

*Especialista en Teoría Política, su obra se inscribe en la corriente de los filósofos postestructuralistas y politólogos contemporáneos de mayor renombre. Licenciada en la Université Catholique de Louvain y en la University of Essex, actualmente imparte Teoría Política en la University of Westminster (Reino Unido). Es coautora, con Ernesto Laclau, de *Hegemonía y estrategia socialista: hacia una radicalización de la democracia* (1985) y autora de *El Retorno de lo Político* (Comunidad, ciudadanía, pluralismo, democracia radical) (1993), *La Paradoja Democrática* (2000) y *Entorno a lo político* (Thinking in Action) (2007), entre otros.

Política agonística en un mundo multipolar

Recientemente, la interpretación tradicional de democracia como agregación de intereses, el “modelo agregativo”, se ha visto cada vez más desplazada por un nuevo paradigma que, bajo el nombre de “democracia deliberativa” está imponiendo rápidamente los parámetros del debate; uno de sus principales preceptos es que las cuestiones políticas son de naturaleza moral y susceptibles, por consiguiente, de un tratamiento racional. El objetivo de una sociedad democrática es, según esta interpretación, la creación de un consenso racional que se alcanza mediante unos procedimientos deliberativos apropiados cuya finalidad es producir decisiones que representan un punto de vista imparcial, en interés de todos por igual. Todos aquellos que ponen en entredicho la posibilidad misma de dicho consenso racional y que afirman que lo político es un ámbito en el que racionalmente siempre hay que esperar encontrar discordia, son acusados de socavar la posibilidad misma de la democracia. Como dice Habermas, por ejemplo:

“Si las cuestiones relativas a la justicia no pueden trascender la autointerpretación ética de formas de vida en competición, y si las oposiciones y conflictos de valores existencialmente relevantes tienen que impregnar todas las cuestiones polémicas, entonces acabaremos el análisis con algo muy parecido a la forma que tiene Carl Schmitt de entender la política”¹.

El enfoque teórico actualmente más de moda es el que consiste en concebir la naturaleza de lo político como algo muy similar a la moralidad, entendida en un sentido racionalista y universalista. El discurso de la moralidad ha sido hoy en día promovido al lugar del “relato principal”, el cual reemplaza a los desacreditados discursos social y político a la hora de proporcionar las líneas directrices de la acción colectiva. Este discurso se está

1. Habermas, Jürgen. “Reply to Symposium Participants”. *Cardozo Law Review*. Vol. 17. No. 4-5 (marzo de 1996) . P. 1477.

convirtiéndose rápidamente en el único vocabulario legítimo en la medida en que en vez de pensar en términos de derecha e izquierda, nos vemos actualmente exhortados a hacerlo en términos de correcto e incorrecto.

El pensamiento liberal tiene que ser necesariamente ciego a lo político debido a que su individualismo le hace incapaz de entender la formación de identidades colectivas. Sin embargo, lo político está desde el primer momento imbricado con formas de identificación colectivas por cuanto en este campo siempre estamos tratando de la formación de un “nosotros” por oposición a un “ellos”. Lo político tiene que ver con el conflicto y el antagonismo. No tiene nada de extraño, pues, que el racionalismo liberal no sea capaz de aprehender su naturaleza, dado que el racionalismo requiere la negación misma de la inerradicabilidad del antagonismo. El liberalismo tiene que negar el antagonismo ya que, al situar en primer plano el momento ineludible de la decisión —en el sentido fuerte de tener que decidir en un terreno indecible—, lo que el antagonismo pone de manifiesto es el límite mismo de todo consenso racional.

Esta negación del antagonismo es lo que impide a la teoría liberal concebir la política democrática de una forma adecuada. Lo político, en su dimensión antagonística, no puede desaparecer simplemente por su negación voluntaria, una actitud que es propia y característica del ademán liberal; dicha negación solamente lleva a la impotencia, la cual caracteriza al pensamiento liberal cuando se ve confrontado con la emergencia de antagonismos que, de acuerdo con su teoría, pertenecen a una época ya superada en la que la razón todavía no había conseguido controlar las supuestamente arcaicas pasiones. Esta actitud está en la base de la actual incapacidad de comprender la naturaleza y es la causa de los nuevos antagonismos que han emergido después del final de la Guerra Fría. Lo político está relacionado con la existencia de una dimensión de hostilidad en las sociedades humanas, una hostilidad que puede adoptar muchas formas y manifestarse en relaciones sociales de muy diverso tipo. El reconocimiento de este hecho debería constituir, a mi modo de ver, el punto de partida para una reflexión adecuada sobre los objetivos de la política democrática.

Me gustaría sugerir que ello es posible con la ayuda de la crítica del esencialismo desarrollada por diversas corrientes del pensamiento contemporáneo. Esta crítica muestra que uno de los principales problemas que plantea el liberalismo es el hecho de que despliega una lógica de lo social basada en una concepción del ser como presencia y que concibe la objetividad como algo inherente a las propias cosas. Este es el motivo de su incapacidad para aprehender el proceso de construcción de las identidades políticas. Es incapaz de reconocer que solamente puede haber una identidad cuando esta se construye como “diferencia”, y que toda objetividad social está constituida mediante actos de poder. El liberalismo se niega a admitir que cualquier forma de objetividad social es, en última instancia, política y que lleva necesariamente consigo las huellas de los actos de exclusión que gobiernan su constitución.

La noción de “exterior constitutivo” puede ser útil en este contexto para hacer más explícito este argumento. Es un término propuesto por Henry Staten para referirse a una serie de temas desarrollados por Jacques Derrida a través de nociones como “supplément” [*suplemento*], “trace” [*rastro*] y “différance” [*diferancia*]. Su objetivo es poner de relieve el hecho de que la creación de una identidad implica el establecimiento de una diferencia, lo cual a menudo se construye sobre la base de una jerarquía: por ejemplo, entre forma y materia, negro y blanco, hombre y mujer, etc. Una vez que hemos entendido que la identidad misma es algo relacional y que la afirmación de una diferencia –es decir, la percepción de un “otro” que constituye su “exterior”– es una precondition de la existencia de cualquier identidad, entonces podemos empezar a concebir cómo una relación social puede convertirse en el caldo de cultivo del antagonismo.

Cuando hablamos de identidades políticas, que son siempre identidades colectivas, estamos hablando de la creación de un “nosotros” que solamente puede existir en virtud de la demarcación de un “ellos”. Esto no significa, por supuesto, que dicha relación sea por necesidad una relación antagonística; pero sí que existe siempre la posibilidad de que esta relación nosotros/ellos se acabe convirtiendo en una relación amigo/ene-

migo. Así sucede cuando los otros, que hasta ahora habían sido considerados simplemente como diferentes, empiezan a ser percibidos como aquellos que ponen en cuestión nuestra identidad y amenazan nuestra existencia. Desde ese momento, cualquier forma de relación nosotros/ellos, ya sea religiosa, étnica o económica, se convierte en el *locus* de un antagonismo.

Lo importante aquí es reconocer que la condición misma de posibilidad de formación de identidades políticas es, al mismo tiempo, la condición de imposibilidad de una sociedad en la que el antagonismo hubiera sido eliminado. El antagonismo es por consiguiente una posibilidad omnipresente. Esta dimensión antagonística es lo que he propuesto denominar “lo político” para distinguirlo de “la política”, que se refiere al conjunto de prácticas e instituciones cuyo objetivo es instaurar un orden, organizar la existencia humana en unas condiciones que son siempre conflictivas porque están atravesadas por “lo político”. Utilizando una terminología heideggeriana, podríamos afirmar que “lo político” se sitúa al nivel de lo ontológico, mientras que la política pertenece al ámbito de lo óntico.

Pluralismo agonístico

Para poder entender la naturaleza de la política democrática y el reto al que tiene que hacer frente, sostengo que necesitamos una alternativa a los dos principales enfoques de la teoría política democrática. Uno de estos enfoques, el modelo agregativo, considera que los actores políticos se mueven impulsados por la búsqueda de sus intereses; el otro modelo, el deliberativo, hace hincapié en el papel de la razón y las consideraciones morales. Lo que ambos modelos pasan por alto es el papel central que desempeñan las “pasiones” en la creación de las identidades políticas colectivas. No es posible entender la política democrática sin reconocer las pasiones como fuerza motriz en el ámbito de la política. Es precisamente esta deficiencia lo que el modelo agonístico de la democracia trata de remediar, al abordar

todos los temas que no pueden ser adecuadamente abordados por los otros dos modelos debido a su estructura individualista y racionalista.

En pocas palabras, el argumento es el siguiente: una vez que tomamos en consideración la dimensión de “lo político”, empezamos a darnos cuenta de que uno de los principales retos que se plantean a la política democrática consiste en domesticar la hostilidad y tratar de desactivar el potencial antagonismo que existe en las relaciones humanas. En este sentido, la cuestión fundamental de la política democrática no es cómo llegar a un consenso racional, un consenso alcanzado sin exclusión; ello requeriría la construcción de un “nosotros” que no tuviese su correspondiente “ellos”. Pero esto es imposible porque, como ya hemos comentado, la condición misma para la constitución de un “nosotros” es la demarcación de un “ellos”. La cuestión crucial de la política democrática es, por tanto, la de cómo establecer esta distinción nosotros/ellos, que es constitutiva de la política, de una forma que sea compatible con el reconocimiento del pluralismo. El conflicto, en las sociedades democráticas, no puede y no debería ser erradicado, ya que la especificidad de la democracia moderna es precisamente el reconocimiento y la legitimación del conflicto. Lo que requiere la política democrática es que los otros no sean vistos como enemigos a destruir, sino como adversarios cuyas ideas pueden ser combatidas, incluso enérgicamente, pero cuyo derecho a defender esas ideas nunca será puesto en cuestión. En otras palabras, lo importante es que el conflicto no tome la forma de un “antagonismo” (una lucha entre enemigos), sino la forma de un “agonismo” (una lucha entre adversarios). Podríamos afirmar que el objetivo de la política democrática es transformar el potencial antagonismo en un agonismo real.

De acuerdo con la perspectiva agonística, la categoría central de la política democrática es la del “adversario”, el oponente con el que compartimos una lealtad común a los principios democráticos de “libertad e igualdad para todos”, pero con el que no estamos de acuerdo respecto a la interpretación de los mismos. Los adversarios luchan entre sí porque desean que su interpretación se convierta en hegemónica, pero no cuestio-

nan la legitimidad que tienen sus oponentes para luchar por la victoria de su posición. Esta confrontación entre adversarios es lo que constituye la “lucha agonística”, que es la condición misma de una democracia fuerte². Para el modelo agonístico, la tarea fundamental de la política democrática no es eliminar las pasiones ni relegarlas a la esfera de lo privado para establecer un consenso racional en la esfera pública, sino “domesticar”, por decirlo de alguna manera, dichas pasiones para movilizarlas con un propósito democrático, y crear formas colectivas de identificación en torno a objetivos democráticos.

Para evitar cualquier posible malentendido, querría subrayar que esta noción de “adversario” tiene que distinguirse claramente de la forma en que se utiliza en el discurso liberal. Según la interpretación de “adversario” que proponemos aquí, y contrariamente al punto de vista liberal, la presencia del antagonismo no es eliminada, sino “sublimada”. En realidad, lo que los liberales denominan un “adversario” es simplemente un “competidor”. Conciben el campo de la política como un terreno neutral en el que diferentes grupos compiten para ocupar los puestos de poder y cuyo objetivo es sencillamente desplazar a otros para ocupar ellos su lugar, sin poner en cuestión la hegemonía dominante y transformando profundamente las relaciones de poder. Se trata simplemente de una competición entre élites. En una política agonística, no obstante, la dimensión antagonística está siempre presente por cuanto lo que está en juego es la lucha entre proyectos hegemónicos opuestos que nunca pueden ser reconciliados racionalmente, y en la que uno de ellos ha de ser derrotado. Se trata de una confrontación real, pero una confrontación que tiene lugar en unas condiciones reguladas por un conjunto de procedimientos democráticos aceptados por los adversarios.

2. Para un desarrollo de este argumento, véase Mouffe, Chantal. *The Democratic Paradox*. London: Verso, 2000.

Los teóricos liberales son incapaces de reconocer no solamente el carácter de realidad primordial que tiene el conflicto en la vida social, y la imposibilidad de encontrar soluciones imparciales, racionales a los temas políticos, sino también el rol *integrativo* que desempeña el conflicto en la democracia moderna. La confrontación de posiciones políticas democráticas es esencial para el buen funcionamiento de una democracia. Si ello no se produce, siempre existe el peligro de que el lugar de la confrontación democrática lo ocupe una confrontación entre valores morales no negociables o formas esencialistas de identificación. Poner un énfasis excesivo en el consenso, junto con la aversión a las confrontaciones, lleva a la apatía y a la desafección por la participación política. Por esta razón, una sociedad democrática necesita el debate sobre alternativas posibles; debe proporcionar formas políticas de identificación en torno a posiciones democráticas claramente diferenciadas o, expresado con palabras de Niklas Luhman, debe tener una clara “división de la cúspide”, una posibilidad real de elección entre las políticas propuestas por el Gobierno y las de la oposición. Si bien el consenso es indudablemente necesario, este debe ir acompañado del disenso. El consenso es necesario en las instituciones que son constitutivas de la democracia y en los valores ético-políticos que deberían informar la asociación política, pero siempre habrá discrepancias respecto al significado de dichos valores y a la forma en que deben ser implementados. En una democracia pluralista, estas discrepancias no son sólo legítimas sino incluso necesarias. Permiten diferentes formas de identificación de la ciudadanía y son la materia prima de la política democrática. Cuando la dinámica agonística del pluralismo se ve dificultada debido a la falta de formas democráticas de identificación, las pasiones no pueden encontrar una vía de escape democrática y se sientan las bases para varias formas de hacer política articuladas en torno a identidades esencialistas de tipo nacionalista, religioso o étnico, así como para la multiplicación de confrontaciones basadas en valores morales no negociables.

Más allá de izquierda y derecha

Debemos, por tanto, desconfiar de la tendencia actual a celebrar la difuminación de las fronteras entre la izquierda y la derecha, y de quienes abogan por una política “más allá de izquierda y derecha”. Un buen funcionamiento de la democracia necesita un enfrentamiento dinámico entre posiciones políticas democráticas. Los antagonismos pueden adoptar muchas formas y es ilusorio creer que podrían ser erradicados. Para que exista la posibilidad de transformarlos en relaciones agonísticas, es necesario proporcionar una salida política a la expresión del conflicto, dentro de un sistema democrático pluralista, ofreciendo posibilidades de identificación en torno a unas alternativas políticas democráticas.

Es en este contexto donde podemos comprender lo perniciosas que pueden llegar a ser las consecuencias de las tesis tan de moda propuestas por Ulrich Beck y Anthony Giddens. Ambos afirman que el modelo *adversarial* de la política se ha vuelto obsoleto. Según su punto de vista, el modelo amigo/enemigo de la política es propio de la modernidad industrial clásica, la “primera modernidad”, y sostienen que en la actualidad vivimos una “segunda modernidad” diferente, más “reflexiva”, en la que el énfasis debería ponerse en la “subpolítica”, en los temas de “vida y muerte”.

Como en el caso de la democracia deliberativa que he criticado al principio, aunque de una forma diferente, lo que está en la base de esta concepción de la modernidad reflexiva es la posibilidad de eliminación de lo político en su dimensión antagonística y la creencia de que las relaciones amigo/enemigo han sido erradicadas. Se afirma que en las sociedades postradicionales ya no encontramos identidades colectivas construidas en términos de nosotros/ellos, hecho que significa que las fronteras políticas se han evaporado y que, por consiguiente, la política debe ser “reinventada”, para utilizar la expresión de Beck. En realidad, Beck pretende que el escepticismo generalizado y la centralidad de la duda que prevalecen hoy en día excluyen la emergencia de relaciones antagonísticas. Hemos entrado en una era de ambivalencia en la que nadie puede creer ya que está en posesión de la verdad —creencia de la

que precisamente procedían los antagonismos—, y que, por consiguiente, no hay motivos para su emergencia. Así, todo intento de organizar las identidades colectivas en términos de izquierda y derecha y de definir un adversario está, por tanto, desacreditado por ser “arcaico”.

La política en su dimensión *conflictual* se considera algo propio del pasado, y el tipo de democracia elogiado es una democracia consensual completamente despolitizada. Actualmente los términos clave del discurso político son la “buena gobernanza” y la “democracia no partidista”. En mi opinión, la incapacidad por parte de los partidos tradicionales de proporcionar formas de identificación distintivas en torno a alternativas posibles es lo que ha preparado el terreno al actual florecimiento del populismo derechista. Efectivamente, los partidos populistas de derechas son, con frecuencia, los únicos que intentan movilizar las pasiones y crear formas colectivas de identificación. Contrariamente a aquellos que creen que la política puede reducirse a motivaciones individuales, estos partidos son muy conscientes de que la política siempre consiste en la creación de un “nosotros” versus un “ellos”, y que ello implica la creación de identidades colectivas. De ahí el enorme atractivo de su discurso, que proporciona formas colectivas de identificación en torno al “pueblo”.

Si a eso añadimos el hecho de que bajo la bandera de la “modernización”, los partidos socialdemócratas en muchos países se han identificado más o menos exclusivamente con las clases medias y han dejado de considerar como propias las preocupaciones de los sectores populares —cuyas demandas son consideradas como “arcaicas” o “retrogradadas”—, no debería sorprendernos la creciente alienación de estos grupos, que se sienten excluidos del ejercicio efectivo de la ciudadanía, de lo que ellos perciben como las “élites del establishment”. En un contexto en que el discurso dominante proclama que no hay alternativa a la actual forma de globalización neoliberal, y que tenemos que aceptar sus *diktats*, no es de extrañar que cada vez sean más los dispuestos a escuchar a quienes afirman que existen alternativas y que ellos devolverán al pueblo el poder de decidir. Cuando la política democrática ha perdido su capacidad de dar

forma a la discusión acerca de cómo deberíamos organizar nuestra vida en común, y cuando ésta se limita a garantizar las condiciones necesarias para un funcionamiento sin problemas del mercado, entonces se dan las condiciones para que surjan demagogos con talento capaces de articular la frustración popular. Es importante darse cuenta de que el éxito de los partidos populistas de derechas procede en buena medida del hecho de que proporcionan a la población cierta forma de esperanza y la creencia de que las cosas podrían ser diferentes. Naturalmente, esta es una esperanza ilusoria, basada en unas premisas falsas y en unos mecanismos de exclusión inaceptables en los que la xenofobia normalmente desempeña un papel fundamental. Pero cuando son los únicos que ofrecen una válvula de escape a las pasiones políticas, su pretensión de ofrecer una alternativa resulta seductora, y su atractivo tiene muchas probabilidades de incrementarse. Para concebir y formular una respuesta adecuada a esta pretensión, es necesario aprehender las condiciones económicas, sociales y políticas que explican su emergencia. Y esto supone un enfoque teórico que no niegue la dimensión antagonística de lo político.

La política en el registro moral

Creo que también es crucial entender que no es mediante la condena moral la manera de detener el populismo de derechas, razón por la cual la respuesta dominante hasta ahora haya sido completamente inadecuada. Naturalmente, una reacción moralista concuerda con la perspectiva postpolítica dominante y, por tanto, ello era lo que cabía esperar. En este sentido, vale la pena examinar de cerca esta reacción moralista, ya que nos permitirá entender mucho mejor de qué forma se manifiestan en la actualidad los antagonismos políticos.

Como hemos visto, el discurso dominante afirma el fin del modelo *adversarial* de la política, así como el advenimiento de una sociedad consensual más allá de la oposición izquierda/derecha. Sin embargo, como tam-

bién he argumentado, la política comporta siempre una distinción entre un nosotros/ellos, motivo por el cual el consenso por el que abogan los defensores de la democracia no partidista no puede darse sin trazar una frontera política y definir un “ellos” exterior que garantice la identidad del consenso y la coherencia del “nosotros”. Actualmente, en la política interna de los países, este “ellos” a menudo es convenientemente definido como la “extrema derecha”, término que abarca una amalgama de grupos y partidos que cubre un amplio espectro, desde grupos marginales extremistas y neonazis, pasando por la derecha autoritaria, hasta toda una variedad de partidos populistas neoderechistas. Aunque, naturalmente, este heterogéneo constructo no sirve para aprehender la naturaleza y las causas de este nuevo populismo de derechas, sí que es muy útil para garantizar la identidad de los “buenos demócratas”. Desde que, supuestamente, la política se ha vuelto *no adversarial*, el “ellos” necesario para asegurar el “nosotros” de los buenos demócratas no puede concebirse como un adversario político. En este sentido, el recurso a la “extrema derecha” es muy práctico porque permite trazar la frontera al nivel moral entre “los buenos demócratas” y “la malvada extrema derecha”, que puede así ser condenada moralmente en vez de ser combatida políticamente. Es por ello que la condena moral y la instauración de un “cordón sanitario” se han convertido en la respuesta dominante al ascenso de los movimientos populistas de derechas.

Sin embargo, lo que está realmente sucediendo es muy diferente de lo que los partidarios del enfoque postpolítico quisieran hacernos creer. No es que la política, con sus antagonismos supuestamente pasados de moda, haya sido desbancada por las preocupaciones morales relativas a “cuestiones vitales” y a los “derechos humanos”. La política en su dimensión antagonística sigue estando muy viva, sólo que ahora se juega en el registro de la moralidad. Las fronteras entre el “nosotros” y “ellos”, lejos de haber desaparecido, están siendo constantemente reinstauradas, pero desde que el “ellos” ya no puede definirse en términos políticos, dichas fronteras se trazan en función de categorías morales, entre “nosotros, los buenos” y “ellos, los malos”.

Uno de los principales inconvenientes de este tipo de política llevada al registro moral es el hecho de que no conduce a la creación de la “esfera pública agonística”, requisito para una vida democrática robusta. Cuando el oponente es definido en términos morales y no políticos, éste no puede ser concebido como un adversario; debe ser concebido como un enemigo. Con “ellos, los malos” no es posible establecer ningún debate agonístico: tienen que ser erradicados.

El enfoque que afirma que el modelo político amigo/enemigo ha sido superado acaba, de hecho, reforzando el modelo antagonístico de la política que se había declarado obsoleto. Al construir el “ellos” como un enemigo moral, es decir, “absoluto”, hace que sea imposible su transformación en un “adversario”. En vez de contribuir a crear una esfera pública agonística eficaz y dinámica, donde la democracia pueda mantenerse viva y profundizarse, quienes proclaman el fin del antagonismo y la llegada de una sociedad consensual están efectivamente poniendo en peligro la propia democracia, al propiciar un marco para la emergencia de antagonismos que no serán manejables por las instituciones democráticas.

Sin una profunda transformación de la forma en que se concibe la política democrática, ni un serio intento de abordar la cuestión de la falta de formas de identificación capaces de permitir una movilización democrática de las pasiones, el reto que plantean los partidos populistas de derechas seguirá existiendo. En la política europea se están trazando nuevas fronteras políticas que comportan el peligro de que la vieja distinción izquierda/derecha pueda ser pronto sustituida por otra mucho menos conducente a un debate democrático pluralista. Por tanto, urge renunciar a las ilusiones del modelo consensual de la política y crear las bases de una esfera pública agonística.

Al limitarse a defender la razón, la moderación y el consenso, los partidos democráticos ponen de manifiesto su falta de comprensión sobre el verdadero funcionamiento de la lógica política. No entienden la necesidad de contrarrestar el populismo de derechas con la movilización de los afectos y pasiones hacia una dirección democrática. No perciben

que la política democrática necesita tener un efecto real sobre los deseos y fantasías de la población, y que, en vez de oponer los intereses a los sentimientos y la razón a las pasiones, debería ofrecer formas de identificación que representen un desafío real a las que promueve la derecha. No estamos diciendo con ello que la razón y los argumentos racionales deban desaparecer de la política, pero sí que su lugar debería repensarse.

Hacia un orden mundial multipolar

Para terminar, permítanme presentar algunas reflexiones relativas a la situación internacional, así como formular algunas preguntas acerca de posibles escenarios de futuro. Podemos considerar, de un modo general, dos posibilidades principales: por un lado, encontramos a aquéllos que defienden el establecimiento de una “democracia cosmopolita” y una “ciudadanía cosmopolita”, resultado de la universalización de la interpretación occidental de los valores democráticos y de la implementación de la versión occidental de los derechos humanos. De acuerdo con este enfoque, así podría instaurarse un orden global democrático. Hay diferentes versiones sobre ello, pero todas comparten una premisa común: que la forma de vida occidental es la mejor y que el progreso moral requiere su implementación en todo el mundo. Se trata del universalismo liberal, cuyo objetivo es imponer sus instituciones al resto del mundo con el argumento de que son las únicas racionales y legítimas. Creo que, aunque ello esté muy lejos de las intenciones conscientes de quienes abogan por un modelo cosmopolita, dicho punto de vista está destinado a justificar la hegemonía de Occidente y la imposición de sus valores particulares.

Por otro lado, quienes argumentan a favor del advenimiento de una “República Mundial” con un cuerpo homogéneo de ciudadanos cosmopolitas con los mismos derechos y obligaciones, un cuerpo político que coincidiría con la “humanidad”, están negando la dimensión de lo político que es inherente a las sociedades humanas. Pasan por alto el hecho

de que las relaciones de poder son constitutivas de lo social y que los conflictos y los antagonismos no pueden ser erradicados. Es por ello que, si dicha República Mundial llegase alguna vez a establecerse, solamente podría significar que la hegemonía mundial de un poder dominante habría sido capaz de eliminar todas las diferencias e imponer su propia concepción del mundo a todo el planeta. Esto tendría graves consecuencias. De hecho, ya en la actualidad somos testigos de cómo los intentos de homogeneizar el mundo están provocando violentas reacciones adversas de aquellas sociedades cuyos valores y culturas particulares son declarados ilegítimos por la universalización impuesta del modelo occidental.

Mi sugerencia es que renunciemos a los viciados modelos de “ciudadanía cosmopolita” y que promovamos una concepción diferente del orden mundial, una concepción que reconozca el pluralismo de los valores en su sentido fuerte, weberiano y nietzscheano, con todas las implicaciones que ello tiene para la política. Dejando a un lado las afirmaciones de los universalistas, es urgente ser conscientes de los peligros implícitos en las ilusiones de un discurso universalista-globalista que concibe el progreso humano como el establecimiento de una unidad mundial basada en la aceptación del modelo occidental. Imaginar la posibilidad de una unificación del mundo que se conseguiría trascendiendo lo político, el conflicto y la negatividad, dicho discurso corre el riesgo de provocar el choque de civilizaciones que afirma estar evitando. En un momento en que Estados Unidos –supuestamente en nombre del “auténtico universalismo”– está tratando de obligar al resto del mundo a adoptar su sistema, la necesidad de un orden mundial multipolar es más acuciante que nunca. Lo que está en juego es el establecimiento de un orden mundial pluralista en el que coexistan varias unidades regionales grandes y en el que una pluralidad de formas de democracia sea considerada legítima.

A estas alturas del proceso de globalización, no pretendo negar la necesidad de un conjunto de instituciones que regulen las relaciones internacionales, pero dichas instituciones deberían permitir un grado significativo de pluralismo y no deberían requerir la existencia de una única estruc-

tura unificada de poder. Dicha estructura comportaría necesariamente la presencia de un centro que sería el único *locus* de la soberanía. No sirve de nada imaginar la posibilidad de un sistema mundial gobernado por la Razón y en donde las relaciones de poder habrían sido neutralizadas. Este supuesto “Reino de la Razón” sólo podría ser la pantalla tras la cual se ocultaría el gobierno de un poder dominante que, identificando sus intereses con los de la humanidad, trataría cualquier divergencia como un desafío ilegítimo a su liderazgo “racional”.

Con su intento de imponer la concepción occidental de la democracia (considerada como la única legítima) a las sociedades renuentes, el enfoque universalista está destinado a presentar a quienes no aceptan esta concepción como “enemigos de la civilización”, negándoles con ello su derecho a mantener sus culturas y creando las condiciones para una confrontación antagonística entre diferentes civilizaciones. Sólo el reconocimiento de la legitimidad de una pluralidad de formas de sociedad justas, así como del hecho de que la democracia liberal es un modelo más de democracia entre otras, podría crear las bases de una coexistencia “agonística” entre diferentes polos regionales con sus instituciones específicas. Dicho orden multipolar no eliminará, por supuesto, el conflicto, pero será menos probable que este conflicto adopte formas antagonísticas de lo que lo sería en un mundo que no deja lugar al pluralismo.

Agonistic politics in a multipolar world

In recent years the traditional understanding of democracy as an aggregation of interests, the “aggregative” model, has been increasingly displaced by a new paradigm which, under the name of “deliberative democracy”, is fast imposing the terms of the discussion; one of its main tenets is that political questions are of a moral nature and are therefore susceptible to rational analysis. The objective of a democratic society is, according to such a view, the creation of a rational consensus reached through appropriate and deliberative procedures whose aim is to produce decisions which represent an impartial standpoint, equally in the interests of all. All those who put into question the very possibility of such a rational consensus and who claim that the political is a domain in which one should always rationally expect to find discord, are accused of undermining the very possibility of democracy. As Habermas, for instance, puts it:

“If questions of justice cannot transcend the ethical self-understanding of competing forms of life, and existentially relevant value conflicts and oppositions must penetrate all controversial questions, then in the final analysis we will end up with something resembling Carl Schmitt’s understanding of politics”.¹

The most fashionable theoretical approach nowadays is to envisage the nature of the political as akin to morality, understood in rationalistic and universalistic terms. The discourse of morality has nowadays been promoted to the place of master narrative, the one which is replacing discredited political and social discourses in providing the guiding lines of collective action. It is rapidly becoming the only legitimate vocabulary as, instead of

1. Habermas, Jürgen. “Reply to Symposium Participants”. *Cardozo Law Review*. Vol. 17. No. 4-5 (March 1996). P. 1477.

thinking in terms of right and left, we are now urged to think in terms of right and wrong.

Liberal thought must necessarily be blind to the political because of its individualism, which makes it incapable of understanding the formation of collective identities. Yet the political is, from the outset, concerned with collective forms of identifications since in this field we are always dealing with the formation of “us” as opposed to “them”. The political has to do with conflict and antagonism. It is no wonder then that liberal rationalism cannot grasp its nature given that rationalism requires the very negation of the ineradicability of antagonism. Liberalism has to negate antagonism since, by bringing to the fore the inescapable moment of decision—in the strong sense of having to decide in an undecidable terrain—what antagonism reveals is the very limit of any rational consensus.

This denial of antagonism is what impedes liberal theory from envisaging democratic politics in an adequate way. The political in its antagonistic dimension cannot be made to disappear by simply denying it, by wishing it away, which is the typical liberal gesture; such a negation only leads to impotence, impotence which characterizes liberal thought when confronted with the emergence of antagonisms which, according to its theory, should belong to a bygone age when reason had not yet managed to control the supposedly archaic passions. This lies at the root of the current inability to grasp the nature and the causes of the new antagonisms which have emerged since the end of the cold war. The political is linked to the existence of a dimension of hostility in human societies, a hostility that can take many forms and manifest itself in very diverse types of social relations. This recognition, I contend, should constitute the starting point for an adequate reflection on the aims of democratic politics.

I would like to suggest that this can be done with the help of the critique of essentialism developed by several currents of contemporary thought. This critique shows that one of the main problems with liberalism is that it deploys a logic of the social based on a conception of being as presence, and that it conceives objectivity as being inherent to the things them-

selves. This is why it cannot grasp the process of construction of political identities. It is unable to recognize that there can only be an identity when it is constructed as a “difference” and that any social objectivity is constituted through acts of power. What it refuses to admit is that any form of social objectivity is ultimately political and that it must bear the traces of the acts of exclusions which govern its constitution.

The notion of “constitutive outside” can be helpful here to make this argument more explicit. This term was proposed by Henry Staten to refer to a number of themes developed by Jacques Derrida through notions such as “supplement”, “trace” and “differance”. Its aim is to highlight the fact that the creation of an identity implies the establishment of a difference, a difference which is often constructed on the basis of a hierarchy: for example between form and matter, black and white, man and woman, etc. Once we have understood that every identity is relational and that the affirmation of a difference –i.e., the perception of something “other” that constitutes its “exterior”– is a precondition for the existence of any identity, then we can begin to envisage how a social relation can become the breeding ground for antagonism.

When dealing with political identities that are always collective identities, we are dealing with the creation of an “us” that can only exist by the demarcation of a “them”. This does not mean, of course, that such a relation is by necessity an antagonistic one. But it means that there is always the possibility of this ‘us/them’ relation becoming one of ‘friend/enemy’. This happens when the others, who up to now had been considered as simply different, start to be perceived as bringing into question our identity and threatening our existence. From that moment on, any form of us/them relation, be it religious, ethnic or economic, becomes the locus of an antagonism.

What is important here is to acknowledge that the very condition of possibility of formation of political identities is at the same time the condition of impossibility of a society from which antagonism would have been eliminated. Antagonism is therefore an ever-present possibility. This antagonistic dimension is what I have proposed to call the “the

political” and to distinguish it from “politics” which refers to the set of practices and institutions whose aim is to create an order, to organize human coexistence in conditions that are always conflictual because they are traversed by “the political”. To use a Heideggerian terminology we could say that “the political” is situated at the level of the ontological, while politics belongs to the ontic.

Agonistic pluralism

It is my contention that in order to understand the nature of democratic politics and the challenge to which it is confronted, we need an alternative to the two main approaches in democratic political theory. One of those approaches, the aggregative model, sees political actors as being motivated by the pursuit of their interests; the other model, the deliberative one, stresses the role of reason and moral considerations. What both of these models fail to recognize is the central role played by “passions” in the creation of collective political identities. One cannot understand democratic politics without acknowledging passions as the motivating force in the field of politics. It is precisely this deficiency that the agonistic model of democracy is trying to remedy by tackling all the issues which cannot be properly addressed by the two other models because of their rationalist individualistic framework.

In a nutshell, the argument goes as follows. Once we acknowledge the dimension of “the political”, we begin to realize that one of the main challenges for democratic politics consists of domesticating hostility and trying to defuse the potential antagonism that exists in human relations. Indeed, the fundamental question for democratic politics is not how to arrive at a rational consensus, a consensus reached without exclusion; this would require the construction of an “us” that would not have a corresponding “them”. Yet this is impossible because, as I have argued, the very condition for the constitution of an “us” is the demarcation of a “them”. The crucial

issue for democratic politics, therefore, is how to establish this us/them distinction which is constitutive of politics in a way that is compatible with the recognition of pluralism. Conflict in democratic societies cannot and should not be eradicated since the specificity of modern democracy is precisely the recognition and the legitimation of conflict. What democratic politics requires is that the others are not seen as enemies to be destroyed but as adversaries whose ideas would be fought, perhaps fiercely, but whose right to defend those ideas will never be brought into question. To put it another way, what is important is that conflict does not take the form of an “antagonism” (struggle between enemies) but the form of an “agonism” (struggle between adversaries). We could say that the aim of democratic politics is to transform potential antagonism into an agonism.

According to the agonistic perspective, the central category of democratic politics is the category of the “adversary”, the opponent with whom we share a common allegiance to the democratic principles of “liberty and equality for all” while disagreeing on their interpretation. Adversaries fight each other because they want their interpretation to become hegemonic, but they do not bring into question the legitimacy of their opponents to fight for the victory of their position. This confrontation between adversaries is what constitutes the “agonistic struggle” which is the very condition of a vibrant democracy.² For the agonistic model the prime task of democratic politics is not to eliminate passions or to relegate them to the private sphere in order to establish a rational consensus in the public sphere, it is to “tame” those passions, so to speak, by mobilizing them towards democratic designs, by creating collective forms of identification around democratic objectives.

In order to avoid any misunderstanding, let me stress that this notion of “the adversary” needs to be distinguished sharply from the under-

2. For a development of this argument, see Mouffe, Chantal. *The Democratic Paradox*. London: Verso, 2000.

standing of that term that we find in liberal discourse. According to the understanding of “adversary” proposed here, and contrary to the liberal view, the presence of antagonism is not eliminated, but “sublimated”. In fact, what liberals call an “adversary” is simply a “competitor”. They envisage the field of politics as a neutral terrain in which different groups compete to occupy the positions of power; their objective is simply to dislodge others in order to occupy their place, without bringing into question the dominant hegemony and profoundly transforming the relations of power. It is simply a competition among elites. In agonistic politics, however, the antagonistic dimension is always present, since what is at stake is the struggle between opposing hegemonic projects that can never be reconciled rationally; one of them needs to be defeated. It is a real confrontation but one that is played out under conditions regulated by a set of democratic procedures accepted by the adversaries.

Liberal theorists are incapable of acknowledging not only the primary reality of strife in social life, and the impossibility of finding rational, impartial solutions to political issues, but also the integrative role that conflict plays in modern democracy. A well-functioning democracy calls for a confrontation of democratic political positions. If this is missing there is always the danger that this democratic confrontation will be replaced by a confrontation between non-negotiable moral values or essentialist forms of identifications. Too much emphasis on consensus, together with an aversion towards confrontation, leads to apathy and disaffection with political participation. This is why a democratic society requires a debate about possible alternatives. It must provide political forms of identifications around clearly differentiated democratic positions, or to put it in Niklas Luhman’s terms, there must be a clear “splitting of the summit”; a real choice between the policies put forward by the government and those of the opposition. While consensus is no doubt necessary, it must be accompanied by dissent. Consensus is needed of those institutions that are constitutive of democracy and on the ethico-political values that should inform the political association,

but there will always be disagreement concerning the meaning of those values and the way they should be implemented. In a pluralist democracy, such disagreements are not only legitimate but also necessary. They allow for different forms of citizenship identification and are the stuff of democratic politics. When the agonistic dynamics of pluralism is hindered because of a lack of democratic forms of identifications, passions cannot be given a democratic outlet and the ground is laid for various forms of politics articulated around essentialist identities of nationalist, religious or ethnic type and for the multiplication of confrontations over non-negotiable moral values.

Beyond left and right

We should, therefore, be suspicious of the current tendency to celebrate the blurring of the frontiers between left and right and of those who are advocating a politics “beyond left and right”. A well-functioning democracy calls for a vibrant clash of democratic political positions. Antagonisms can take many forms and it is illusory to believe that they could be eradicated. In order to allow for the possibility of transforming them into agonistic relations it is necessary to provide a political outlet for the expression of conflict, within a pluralistic democratic system offering possibilities of identification around democratic political alternatives.

It is in this context that we can grasp the very pernicious consequences of the fashionable thesis that has been put forward by Ulrich Beck and Anthony Giddens, who both argue that the adversarial model of politics has become obsolete. In their view the friend/enemy model of politics is characteristic of classical industrial modernity, the “first modernity”, but they claim that we now live in a different, “second” modernity, a “reflexive” one, in which the emphasis should be placed on “sub-politics”, on the issues of “life and death”.

As in the case of deliberative democracy, which I criticized at the beginning, albeit in a different way, what is at the basis of this conception of reflexive modernity is the possibility of the elimination of the political in its antagonistic dimension and the belief that relations of friend/enemy have been eradicated. The claim is that in post-traditional societies we do not find any more collective identities constructed in terms of us/them, which means that political frontiers have evaporated and that politics must therefore be “reinvented”, to use Beck’s expression. Indeed, Beck pretends that the generalized scepticism and the centrality of doubt that are prevalent today preclude the emergence of antagonistic relations. We have entered an era of ambivalence in which nobody can believe any more to possess the truth – a belief which was precisely where antagonisms were stemming from – therefore there is no more reason for their emergence. Any attempt to organize collective identities in terms of left and right and to define an adversary is thereby discredited as being “archaic”.

Politics in its conflictual dimension is deemed to be something of the past, and the type of democracy that is commended is a consensual, completely depoliticized democracy. Nowadays the key terms of political discourse are “good governance” and “partisan free democracy”. In my view it is the inability of traditional parties to provide distinctive forms of identifications around possible alternatives that has created the terrain for the current flourishing of right-wing populism. Indeed, right-wing populist parties are often the only ones that attempt to mobilize passions and create collective forms of identifications. Against all those who believe that politics can be reduced to individual motivations, they are well aware that politics always consists of the creation of an “us” versus a “them” and that it implies the creation of collective identities. Hence the powerful appeal of their discourse because it provides collective forms of identification around “the people”.

If we add to that the fact that under the banner of “modernization” social-democratic parties have, in many countries, identified themselves

more or less exclusively with the middle-classes and that they have stopped addressing the concerns of the popular sectors –whose demands are considered as “archaic” or “retrograde”–we should not be surprised by the growing alienation of all those groups who feel excluded from the effective exercise of citizenship by what they perceive as the “establishment elites”. In a context where the dominant discourse proclaims that there is no alternative to the current neo-liberal form of globalization and that we have to accept its diktats, small wonder that more and more people are keen to listen to those who claim that alternatives do exist and that they will give back to the people the power to decide. When democratic politics has lost its capacity to shape the discussion about how we should organize our common life and when it is limited to securing the necessary conditions for the smooth working of the market, the conditions are ripe for talented demagogues to articulate popular frustration. It is important to realize that to a great extent the success of right-wing populist parties comes from the fact that they provide people with some form of hope, with the belief that things could be different. Of course this is an illusory hope, founded on false premises and on unacceptable mechanisms of exclusion, where xenophobia usually plays a central role. But when they are the only ones to offer an outlet for political passions, their pretence to offer an alternative is seductive and their appeal is likely to grow. To be able to envisage an adequate response, it is necessary to grasp the economic, social and political conditions that explain their emergence. And this supposes a theoretical approach that does not deny the antagonistic dimension of the political.

Politics in the moral register

I think that it is also crucial to understand that it is not through moral condemnation that the rise of right-wing populism can be stopped, and this is why the dominant answer has so far been completely inadequate.

Of course, a moralistic reaction chimes with the dominant post-political perspective, and it was to be expected. It is worth examining it closely because this will bring us some insights about the way in which political antagonisms manifest themselves today.

As we have seen, the dominant discourse asserts the end of the adversarial model of politics and the advent of a consensual society beyond left and right. However, I have also argued that politics always entails an us/ them distinction. This is why the consensus advocated by the defenders of the partisan free democracy cannot exist without drawing a political frontier and defining an exterior, a “them” which assures the identity of the consensus and the coherence of the “us”. In domestic politics, this “them” is nowadays often conveniently designated as the “extreme right”, a term that refers to an amalgam of groups and parties which covers a wide spectrum, from fringe groups of extremists and neo-Nazi to the authoritarian right and up to the variety of new right-wing populist parties. Of course, such a heterogeneous construct is useless to grasp the nature and the causes of this new right-wing populism. But it is very useful to secure the identity of the “good democrats”. Since politics has supposedly become non-adversarial, the “them” necessary to secure the “us” of the good democrats cannot be envisaged as a political adversary. So, the ‘extreme right’ comes in very handy because it allows us to draw the border at the moral level, between “the good democrats” and the “evil extreme right”, which can be condemned morally instead of being fought politically. This is why moral condemnation and the establishment of a “cordon sanitaire” have become the dominant answer to the rise of right-wing populist movements.

In fact, what is happening is very different from what the advocates of the post-political approach would want us to believe. It is not that politics – with its supposedly old-fashioned antagonisms – has been superseded by moral concerns about “life issues” and “human rights”. Politics in its antagonistic dimension is still very much alive, except that it is now played out in the register of morality. Frontiers between us and

them, far from having disappeared, are constantly being established, but since the “them” cannot be defined in political terms any more, those frontiers are drawn in moral categories, between “us the good” and “them the evil ones”.

One of the main shortcomings of this type of politics played out in the moral register is that it is not conducive to the creation of the “agonistic public sphere” which is the requisite of a robust democratic life. When the opponent is not defined in political but in moral terms, he cannot be envisaged as an adversary but only as an enemy. With the “evil them” no agonistic debate is possible, they have to be eradicated.

The approach that claims that the friend/enemy model of politics has been superseded in fact ends up reinforcing the antagonistic model of politics that they have declared obsolete. By constructing the “them” as a moral (i.e. an “absolute”) enemy, they make it impossible to transform it into an “adversary”. Instead of helping to create a vibrant agonistic public sphere thanks to which democracy can be kept alive and strengthened, all those who proclaim the end of antagonism and the arrival of a consensual society are actually jeopardizing democracy, by creating the conditions for the emergence of antagonisms that will not be manageable by democratic institutions.

Without a profound transformation in the way democratic politics is envisaged and a serious attempt to address the lack of forms of identifications that would allow for a democratic mobilization of passions, the challenge posed by right-wing populist parties will remain. New political frontiers are being drawn in European politics that carry the danger that the old left/right distinction could soon be replaced by another one much less conducive to a pluralistic democratic debate. It is therefore urgent to relinquish the illusions of the consensual model of politics and to lay the foundations of an agonistic public sphere.

By limiting themselves to calls for reason, moderation and consensus, democratic parties are showing their lack of understanding of the working of political logics. They do not understand the need to counter

right-wing populism by mobilizing affects and passions in a democratic direction. What they do not grasp is that democratic politics needs to have a real purchase on people's desires and fantasies and that, instead of opposing interests to sentiments and reason to passions, it should offer forms of identifications that represent a real challenge to the ones promoted by the right. This is not to say that reason and rational argument should disappear from politics, but that their place needs to be rethought.

Toward a multipolar world order

To end, let me present some reflections concerning the international situation and enquire about possible scenarios for the future. We can broadly envisage two main possibilities. There are those who call for the establishment of a “cosmopolitan democracy” and a “cosmopolitan citizenship” resulting from the universalization of the Western interpretation of democratic values and the implementation of the Western version of human rights. According to such an approach, this is how a democratic global order should come about. There are different variants of this approach, but all of them share a common premise: that the Western form of life is the best one, and that moral progress requires its worldwide implementation. This is the liberal universalism which aims at imposing its institutions onto the rest of the world with the argument that they are the only rational and legitimate ones. I believe that, even if it is very far from the intentions of those who advocate the cosmopolitan model, such a view is bound to justify the hegemony of the West and the imposition of its particular values.

Those who argue for the advent of a “World Republic” with an homogeneous body of cosmopolitan citizens with the same rights and obligations, a constituency that would coincide with “humanity”, are denying the dimension of the political which is inherent to human societies. They

overlook the fact that power relations are constitutive of the social, and that conflicts and antagonisms cannot be eradicated. This is why, if such a World Republic were ever established, it could only signify the world hegemony of a dominant power which would have been able to erase all differences and impose its own conception of the world on the entire planet. This would have dire consequences and we are already witnessing how current attempts to homogenize the world are provoking violent adverse reactions from those societies whose specific values and cultures are rendered illegitimate by the enforced universalization of the Western model.

I suggest that we relinquish the flawed models of “cosmopolitan citizenship” and that we promote a different conception of the world order, a conception that acknowledges value pluralism in its strong Weberian and Nietzschean sense, with all its implications for politics. Discarding the claims of the universalists, it is urgent that we become aware of the dangers implied in the illusions of a globalist-universalist discourse which envisages human progress as the establishment of world unity based on the acceptance of the Western model. By imagining the possibility of a unification of the world that could be achieved by transcending the political, conflict and negativity, such a discourse risks bringing about the clash of civilizations that it claims to be avoiding. At a time in which the United States is –under the pretence of a “true universalism”– trying to force the rest of the world to adopt their system, the need for a multipolar world order is more pressing than ever. What is at stake is the establishment of a pluralist world order where a number of large regional units would coexist and where a plurality of forms of democracy would be considered legitimate.

At this stage in the process of globalization, I do not want to deny the need for a set of institutions to regulate international relations, but those institutions should allow for a significant degree of pluralism and they should not require the existence of a single unified power structure. Such a structure would necessarily entail the presence of a centre which would be the only locus of sovereignty. It is futile to imagine the possi-

bility of a world system ruled by Reason and where power relations have been neutralized. This supposed “Reign of Reason” could only be the screen concealing the rule of a dominant power which, by identifying its interests with those of humanity, would treat any disagreement as an illegitimate challenge to its “rational” leadership.

By attempting to impose the Western conception of democracy, deemed to be the only legitimate one, on reluctant societies, the universalist approach it is bound to present those who do not accept this conception as “enemies of civilization”, thereby denying their rights to maintain their cultures and creating the conditions for an antagonistic confrontation between different civilizations. It is only by acknowledging the legitimacy of a plurality of just forms of society, and the fact that liberal democracy is only one form of democracy among others, that conditions could be created for an “agonistic” coexistence between different regional poles with their specific institutions. Such a multipolar order will of course not eliminate conflict, but this conflict is less likely to take antagonistic forms than in a world that does not make room for pluralism.

Resumen / Abstract

Política agonística en un mundo multipolar

Chantal Mouffe

Chantal Mouffe argumenta en este texto el cambio reciente que se ha producido en el debate político, esto es, el paso de pensar en términos de derecha e izquierda, a hacerlo en la actualidad desde el discurso de la moralidad en términos de correcto e incorrecto. Usando el concepto de Schmitt de “lo político”, donde la política es básicamente definida en su dimensión antagonística de amigo/enemigo, Mouffe sostiene que el liberalismo es, según su misma constitución, incapaz de reconocer este antagonismo y, por consiguiente, es incapaz de reconocer la formación de identidades políticas y colectivas. En este sentido, la autora advierte que la política está (aún) fuertemente unida con las pasiones y si ello se niega, se deja la arena política abierta a aquellos que sí lo han asumido, como los partidos populistas de derechas. Por consiguiente, no es de extrañar que el surgimiento de nacionalismos populistas de derechas en todas partes de Europa haya tenido tanto éxito. Mouffe cree que el reconocimiento de este aspecto en su totalidad es lo que se necesita para cambiar esta tendencia y crear las bases de una coexistencia “agonística”.

Palabras claves: Política, lo político, democracia, teoría política, pluralismo agonístico

Agonistic politics in a multipolar world

Chantal Mouffe

Chantal Mouffe argues that the recent shift in political debate, from having been based on the left-right scale, now is based on moral arguments of right and wrong. By using Schmitt's ‘concept of the political’, where politics are basically defined as friend-enemy antagonisms, Mouffe argues that liberalism is, by its very constitution, unable to recognize antagonism and, thereby, unable to recognize the formation of political and collective identities. In this regard, she points out that politics are (still) strongly linked with passions and by denying this one leaves the political arena open to those that have accepted this, as right-wing populist parties. Hence it is not strange that the uprising of right-wing nationalisms throughout Europe has been very successful. Mouffe believes that the recognition of this very aspect is what is needed to combat this trend and create conditions for an “agonistic” coexistence.

Key words: Politics, the political, democracy, political theory, agonistic pluralism